

LA PROPAGACIÓN ESCRITA DE LA FE

POR

ESTANISLAO CANTERO (*)

A estas alturas de las Jornadas, cuando estamos a las puertas de su clausura, parece innecesario aludir a la obligación que tenemos todos los católicos de contribuir a la propagación de nuestra fe y a la imperiosa necesidad de apoyar a aquellas iniciativas que se dedican específicamente a dicha labor por diversos medios.

Si estamos aquí es porque, ante el panorama actual de nuestra España, ante los rumbos que ha tomado, o mejor, que han tomado por ella, comprendemos que, en cuanto católicos españoles, estamos obligados a procurar que se corrija y se recupere la unidad católica perdida, ideal al que muchos de los presentes os habéis solemnemente comprometido.

Vivimos en una sociedad revolucionaria e inmersos en un ambiente revolucionario, en cuanto contrarios a la voluntad de Dios. La tarea de reconstrucción de la ciudad católica, a lo que San Pío X exhortaba a todos los católicos y constituyó parte central de su pontificado, y que hoy podemos decir que, con la fórmula de «nueva evangelización», sin solución de continuidad, encontramos en la insistente predicación de Juan Pablo II, es ciertamente difícil y el éxito no parece próximo sino más bien inalcanzable para nuestras fuerzas. Pero esto, lejos de llevarnos al pesimismo y al abandono, nos tiene que servir para redoblar nuestros esfuerzos.

(*) Conferencia desarrollada en las VIII Jornadas de la Unidad Católica (Zaragoza, 18-20 de abril de 1997), sobre el tema general: Los católicos españoles y la propagación hoy de la fe.

No debemos olvidar que una de las causas del retroceso del mundo católico es la desidia y el conformismo de los católicos. No es que no creamos íntegramente todas las verdades de la fe o que no intentemos cumplir, a pesar de todas nuestras caídas, los mandamientos. El abandono de los católicos, nuestros propios abandonos, no están ahí, están sobre todo, en el terreno de la acción y del apostolado. Cuántas veces los católicos se han conformado —nos hemos conformado— con una vida religiosa y unas prácticas devotas, pero sin ir acompañadas de un cometido esencial, como es el de ser permanentemente testigos de Cristo, y en consecuencia, realizar un apostolado continuado. Sin descansos. En todos los ámbitos de la vida y respecto a todas las cuestiones. Y es que el católico no puede, sin traicionar a Cristo Nuestro Señor, rehuir su condición, renunciar a sus obligaciones. Nuestra vida ha de ser una continua y constante entrega al combate por Cristo. Y esta obligación parece más perentoria en cuanto los avances de la Revolución son mayores y mayores, también, los abandonos de los católicos. En esta empresa contrarrevolucionaria de reconstrucción de la ciudad católica, para mayor gloria de Dios, bien de las almas y nuestra propia santificación, interesa sobremanera que comprendamos y seamos plenamente conscientes de que lo más importante de todo, después de encomendarnos a Dios y rogarle su ayuda, es la fuerza de la acción de los hombres. Nada es capaz de reemplazarla y sin ella todo estará perdido. Por consiguiente, nuestro trabajo, el de cada uno en nuestra esfera de competencia, ha de aumentar considerablemente.

Me corresponde hablaros de la propagación escrita de la fe. El impreso, es decir, todo aquello que cabe englobar bajo esta palabra, desde el libro hasta la hoja volandera, pasando por la revista, el periódico y el folleto, resulta un medio indispensable para la propagación de la fe y la tarea de reconstrucción de una sociedad católica. Pero aunque indispensable, no deja de ser un medio secundario. Secundario ante el principal, constituido por la acción personal de cada uno y de las redes de grupos concertados entre sí. Nunca la lectura suplirá a esta acción, a la actividad personal que habla, razona y puede convencer. Esta consideración, sin em-

bargo, no nos debe llevar a minimizar la importancia del escrito, sino tan sólo a situar cada cosa en su lugar y ser conscientes de que la propagación de la fe y la reconstrucción de la sociedad católica ha de hacerse contemplando el asunto en su totalidad, conscientes del fin que se pretende y de la armonía entre los medios para conseguirlo.

Es necesario partir de un hecho desgraciado ante su evidente realidad. El retroceso de las fuerzas católicas, no en el plano sobrenatural, por supuesto, sino en los aspectos sociales y políticos. Lejos estamos de aquellos años en los que Pío XI en su *Quas Primas* estableció la festividad de Cristo Rey, con el ánimo de impulsar el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo animando a los hombres a su reconocimiento.

Ante este retroceso es cada vez más necesario impulsar todo tipo de apostolado, y, por tanto, también el que es posible realizar por medio del impreso. Para rebatir desvaríos, errores, falsificaciones y mentiras; para difundir la sana doctrina; para conservar la memoria histórica; para poder elaborar un trabajo sobre fundamentos verdaderos.

Así, este medio de propaganda resulta imprescindible, en primer lugar, como sólido y permanente auxiliar de nuestra formación. Como católicos y como españoles, como católicos españoles, tenemos un ideal. Y parece evidente que el ideal es lo primero. Sin él, todo lo demás cae, carente de base. Tanto porque careceremos de fin al que dirigirnos como de causa que nos motive para entregarnos a ella. Y sin esto no hay trabajo eficaz. Y en esa entrega a la causa todos tenemos un puesto: el que resulte más apropiado a nuestras aptitudes y conocimientos y a nuestra vocación, o el que sea preciso cubrir para tapar una brecha cuando las circunstancias lo exigen. Pero, en cualquier caso, la labor que realicemos la debemos conocer a fondo, no dejando nada para la improvisación, pues esta es una de las razones de muchos fracasos. Las buenas intenciones, por sí solas no conducen a buen fin. De ahí la importancia y la necesidad de la formación y del estudio. Ambos son necesarios para poder precisar el ideal ¿Qué queremos y qué rechazamos? ¿Por qué? ¿En qué forma se puede lograr? ¿Qué

es lo que contribuye a conseguirlo o, por el contrario, nos aparta de él? ¿Qué medios hay que emplear?

El patriotismo no consiste sólo en el amor a la patria en que vivimos. Es también, y sobre todo, amor a la historia de España, a los antepasados que la forjaron, a la tradición que la hizo posible y a las generaciones futuras que hemos de legarla. Por otra parte, sólo cabe amar aquello que se conoce, y cuanto mejor sea ese conocimiento, más fuertes podrán ser los vínculos de unión. ¿De dónde sacará el patriotismo sus fuerzas? Se nutre del sentimiento y de la razón. El sentimiento por sí solo no basta. Así, el romanticismo político, movimiento disgregador y nocivo que está en la raíz de la democracia moderna, colocaba el sentimiento como guía y director, usurpando la funciones de la razón. Por eso, contrarrevolucionarios como Maurras o Vegas Latapie lo combatían, no porque rechazaran el sentimiento, sino porque había sido elevado a un rango que no le corresponde.

El patriotismo exige, pues, conocer a la patria que decimos amar. Condición para saber qué es lo que realmente amamos y por qué lo amamos. Y para ello es necesario formarse y estudiar. Porque el estudio es la base de toda acción eficaz que pretenda edificar con fundamento.

Pero no es sólo nuestra propia formación la que necesita el impreso. También es necesario para la divulgación de las buenas ideas, de la verdad, para que pueda llegar a otras personas, alejadas de nuestros círculos, a las que no conocemos y que de otra forma, muchas veces, no tendrán otro modo de acceder a ellas. Ignoramos, casi siempre, los efectos saludables que producen una buena revista o un buen libro, porque, sencillamente, desconocemos a la mayoría de quienes los compran y los leen. Los ejemplos de San Ignacio de Loyola o de Edith Stein no requieren comentarios.

Además, el libro —y a veces la revista— resultan esenciales en los círculos de estudio. En él se encuentra el punto de referencia básico para la formación doctrinal. Siempre permaneciendo fieles al Magisterio de la Iglesia, sirve para precisar la doctrina, los puntos básicos para la labor que queremos desarrollar. Es, pues, un elemento de trabajo insustituible. Por eso, para que otros pue-

dan estudiar la sana doctrina en buenos libros éstos han de publicarse. De ahí la necesidad de emprender acciones editoriales o apoyar a las ya existentes.

En cuanto a las revistas, además de la importancia intrínseca por los contenidos de sus artículos, que permiten afirmar los principios, difundirlos, divulgarlos en forma asequible para un público más amplio, al tiempo que el comentario, la crítica o el apoyo respecto a cuestiones cotidianas con prontitud, tienen un valor adicional múltiple y diversificado.

Por una parte, constituyen un testimonio de una labor persistente; dan fe de la existencia de quienes defienden y propagan la causa, en una palabra, de que se vive y se trabaja. Por otra, crea lazos de unión, no sólo entre sus colaboradores, sino entre la revista y sus lectores. Contribuye a sostener en su empeño a los lectores, a veces muy aislados, para los que las revistas suponen, tanto un recordatorio para la perseverancia, como un balón de oxígeno para no desfallecer y no abandonar el combate. Además, las revistas dan cuenta, también, de las tareas que realizan otros grupos en otros lugares y permite, en cierto modo, romper el aislamiento de la sociedad en que vivimos. En cuarto lugar, posibilitan la aparición de nuevos escritores que harán en ellas sus primeras armas, cuestión en absoluto despreciable hoy que hay tan pocos lugares donde podamos defender las ideas y las razones para la restauración e instauración del reinado social de Nuestro Señor.

Por estos motivos es muy importante suscribirnos a cuantas buenas revistas podamos; desde las más elevadas, con enjundiosos y eruditos estudios, hasta las más sencillas, no tan profundas como aquellas, pero sin duda más al alcance de todos, al tiempo que, en ocasiones, más incisivas respecto a los hechos cotidianos.

Libros, revistas, conferencias, impresos de todo tipo, todos tienen su importancia y todos deben continuar e incrementarse su difusión. Como en el Ejército, unos representan el Estado Mayor, otros la Infantería y sus avanzadillas, otros la artillería pesada o el fuego de contrabatería. Todos son necesarios y complementarios.

Es lamentable la cantidad de revistas y periódicos que han desaparecido, como lo es también, el escaso número de novedades

editadas por las editoriales. Por eso no podemos dejar que se pierda ni una sola de las que hoy continúan en la brecha.

¿Cómo se puede contribuir a esta tarea?

En primer lugar, comprando los libros buenos y suscribiéndonos a las buenas revistas, incluso aunque pensemos que tardaremos en poder leerlos, que sólo los consultaremos en tal o cual ocasión, y, todavía más, aunque creamos que nunca los leeremos. La compra de un buen libro o la suscripción a una buena revista debemos considerarla, no sólo desde nuestra perspectiva egoísta —el provecho propio que obtendremos con ello—, sino desde un punto de vista altruista, de caridad cristiana, puesto que con nuestra compra contribuimos económicamente para que puedan ser editados y lleguen a las manos de otras personas que los necesitan y los leerán. Puede parecer que esta contribución es irrisoria, despreciable, porque ¿qué importa un libro o una suscripción más? Sin embargo, no es así. Nuestra acción no cuenta con las grandes editoriales, ni siquiera con las medianas, sino con minúsculas editoriales que sólo gracias al esfuerzo desinteresado y a la divulgación y propagación, muchísimas veces a nivel personal y de pequeños grupos, consiguen milagrosamente continuar su labor editorial, siempre muy deficitaria económicamente. Además, se pueden comprar para vender a los amigos y conocidos, pues en muchas ocasiones nuestros más allegados desconocen tales obras. Y no se trata de un «sablazo», por otra parte cuantitativamente ridículo, pues se ofrece a cambio de su precio una buena revista o un libro bueno. Se pueden también comprar para regalar a parientes y amigos, incitándoles a la lectura; interesándoles para que se conviertan en potenciales compradores.

Es muy difícil poner en marcha una editorial o una revista. Por eso es una forma práctica de apostolado contribuir al sostenimiento de las ya existentes. Quizá no estemos de acuerdo con ellas al cien por cien, pero si hay acuerdo sobre su núcleo doctrinal fundamental, la diferencia será mínima. Así, en cuanto a editoriales, tenemos, por ejemplo, Speiro, Fernando III el Santo, la Fundación Elías de Tejada, revistas, como *Verbo*, *Siempre P' adelante*,

Cristiandad, Ave María, Meridiano católico, Roca Viva, boletines de asociaciones, etc.

Hay que ser conscientes de que carecemos de canales comerciales de distribución, porque nuestras obras no interesan al dejar poco margen de ganancia debido a las pequeñas tiradas, ya que al mundo de hoy no parece interesarle la propagación de la doctrina católica en su integridad, con todas sus implicaciones morales, sociales y políticas. Tampoco hay que olvidar que el **impreso** no es el fin en sí mismo, sino tan solo un medio al servicio de un fin superior. Por ello, lo más importante, como decía al principio, es el trabajo personal. Y no podremos quejarnos si nosotros no hacemos lo que otros no harán.

Hay muchísimas obras de ayuda a los necesitados y seguramente son insuficientes. Pero casi nadie repara en la necesidad, gravísima necesidad, por la penuria en que se encuentran, de contribuir económicamente al sostenimiento de las obras que se dedican a la propaganda impresa de la fe y de sus consecuencias. Nuestra solidaridad y caridad cristiana ha de movernos a no olvidarlas y a apoyarlas con más fuerza que a otras de otro tipo, ya que de las segundas casi nadie se ocupa, mientras que las primeras, florecen continuamente.

Para concluir, quisiera animaros para que estas palabras que habéis tenido la amabilidad de escuchar, las meditéis y en la medida de vuestras posibilidades, dediquéis parte de vuestro esfuerzo personal y económico a la tarea de la propagación impresa de la fe católica y al sostenimiento de las obras que ya han emprendido esa labor. Una fórmula eficaz puede ser por medio de la *Fundación Speiro*, de carácter benéfico docente, que dedica sus aportaciones al sostenimiento de obras de la Iglesia como los conventos de clausura y la formación de seminaristas y a la difusión de obras de doctrina cristiana. Esta Fundación es propietaria mayoritaria de la editorial del mismo nombre, que entre otras actividades edita la revista *Verbo*. Las donaciones se benefician de la desgravación fiscal establecida por la ley.